



PSU 2009: Persistencia de la brecha demuestra que movilizaciones no incidieron en los resultados

Los propios alumnos lo dijeron: “no somos la generación perdida”. Que el Instituto Nacional, el colegio que más clases perdió durante 2009, haya duplicado sus puntajes nacionales, es sólo una pequeña muestra. Más significativo es que los mismos que predijeron con certeza científica que

los alumnos de establecimientos municipales iban a tener pésimos resultados en la PSU 2009, por culpa de las movilizaciones que año tras año son consecuencia de la crisis permanente de la educación, luego retrocedieron para reconocer que la brecha se mantuvo tal como en los años anteriores. Así, sin falacias mediáticas de por medio, de nuevo queda claro que esta brutal desigualdad radica en los mismos motivos de siempre: un sistema educativo que los mismos se niegan a transformar de raíz.

La PSU de 2009 trajo un recurrente regalo de Navidad: ingreso seguro a la universidad para los dos quintiles más ricos, dolores de cabeza para la restante mayoría. Era predecible que la última versión de esta prueba ratificaría, otra vez, que el rendimiento de los alumnos en el sistema de ingreso a la educación superior viene determinado por el origen socioeconómico como principal variable explicativa.

No obstante, su rendición fue la excusa perfecta para que resurgiera la permanente campaña anti-movilizaciones desde las posturas más conservadoras de nuestro país.

No fue casualidad que el duopolio periodístico lanzara simultáneamente datos “científicos” que respaldaran su sentencia: los resultados de alumnos de colegios municipales serían desastrosos. La Tercera publicó una encuesta donde afirmaba que en estos establecimientos habían pasado durante este año menos de la mitad de los contenidos evaluados en la PSU. A su vez, El Mercurio realizó la suya propia, donde destacaba la alta confianza frente a la prueba de los estudiantes de particulares-subvencionados, frente al nulo optimismo de sus pares de liceos públicos.

El gobierno se sumó a tan noble iniciativa. Pocos días antes de rendirse la prueba, la ministra Mónica Jiménez aseveró que “es probable, y a lo mejor eso lo vamos a comprobar cuando tengamos los resultados, que los alumnos que han sido dañados por paros de profesores durante estos cuatro años no tengan los resultados esperados”. Mientras el subsecretario Christian Martínez se atrevió a predecir que “los alumnos que lograron que se les pasara todo el currículum y no sufrieron interrupciones en el calendario normal, van a tener mejores resultados”.

¿Para nuestra máxima autoridad educativa, entonces, los desiguales resultados en la PSU se explican por cuatro años de paros? ¿Y cómo queda ahora, cuando ya tenemos los resultados, que no se comprobó en absoluto lo que afirmaba? Parece que la ministra no recibió el regalo de Navidad que esperaba: el aumento de la desigualdad, vulgar excusa para la supresión definitiva de la educación pública.

Para pesar de Jiménez, Martínez, El Mercurio y La Tercera, además de los think tanks usuales (CEP, Libertad y Desarrollo), la brecha persiste no a sazón de movilizaciones, paros o tomas, como han intentado afirmar sin comprobación empírica. Sus encuestas han demostrado ser poco rigurosas y malamente representativas, hechas con el objeto de promocionar al sector particular-subvencionado en el mercado de la educación (cuyo

actual “prestigio” o estatus explica la alta autovaloración que tienen sus alumnos, que no se corresponde con sus puntajes en la Prueba, frente a la desvaloración del sector municipal). Más encima, con las cabezas del Mineduc prestas para apoyar la campaña.

El caso más anecdótico que los obligó a retroceder fue el del Instituto Nacional, que más que duplicó sus puntajes nacionales respecto del año pasado, a pesar de ser el establecimiento de todo Chile con menos clases durante 2009. Sus estudiantes se desquitaban en El Mercurio: “fue un tapaboca a los que decían que somos la generación perdida”. Pero lo del IN es más simbólico que representativo: un colegio que selecciona y con un preuniversitario propio, son condiciones ajenas para la gran mayoría del sector municipal.

Ya a principios de diciembre advertía el presidente del Magisterio, Jaime Gajardo: “La PSU no es una prueba que mida sólo los conocimientos que se preparan en los últimos meses, sino que es un instrumento de evaluación que mide un proceso educativo de largo aliento y no de última hora”.

Por eso en entrevista con La Nación, OPECH afirmaba “que a esta altura ya hay bastantes antecedentes muy robustos para identificar las causas (de la brecha en la PSU). Aunque nos duela mucho en el alma, los estudios de factores asociados plantean que los resultados de la PSU dependen en un 70 u 80% de los factores socioeconómicos”, además del capital cultural desde la familia y el entorno, así como el acceso a un preuniversitario.

Descorrido el velo, para todos es evidente que las movilizaciones de los últimos años no han tenido ninguna incidencia en los resultados académicos de nuestros jóvenes y niños. Y eso que hablamos de los aprendizajes estandarizados, esos que miden muy bien el origen socioeconómico de los niños; mientras que nadie mide aquel otro aprendizaje más potente y significativo que se produce cuando los estudiantes se organizan, reflexionan y actúan, apropiándose de sus escuelas. Ahí también tendríamos una brecha, pero con puntajes por las nubes entre los hijos de la educación pública.

De cualquier manera, el origen de las movilizaciones no está en la flojera o en los intereses gremiales de profesores o alumnos. Radica fundamentalmente en un sistema educativo enfermo, cuyo diagnóstico fue visualizado hace rato por los actores sociales. La PSU es un síntoma que ellos viven como propio, porque anula un camino para romper su destino de exclusión. Así, será muy difícil, campañas más, campañas menos, que les disuadan de volver a manifestarse, única herramienta para buscar una pequeña alternativa de dignidad.

Observatorio Chileno de Políticas Educativas

“El Derecho Ciudadano de participar en la Educación Pública”